

con una dialéctica rigurosa y necesaria que no dé ningún paso en falso, es completamente ajena é increíble á la mayor parte de los pensadores y de los hombres de ciencia. Ellos se figuran que la argumentación ha de ser necesariamente penosa, y el pensar mismo les parece algo lento, difícil, trabajoso, y á veces «digno del sudor de hombres mejores», pero nunca como algo de ligero, de divino, de semejante á la danza y á los entusiasmos juveniles! «Pensar» es para ellos tomar una cosa «en serio», con «gravedad»; esto les enseña su experiencia. Los artistas tienen el olfato más fino; saben muy bien, que precisamente cuando no está en su arbitrio el hacer una cosa, sino que se ven obligados á hacerla, entonces sus sentimientos de libertad, de finura, de poder pleno, de preparar, disponer y traducir á la realidad sus creaciones, alcanzan su máximo grado de elevación, confundándose la necesidad con el «libre albedrío».

Por último, existe un orden graduado de estados anímicos, al cual se conforma el orden graduado de los problemas; y los más altos problemas rechazan sin piedad á cuantos osan acercarse á ellos sin estar predestinados, por la elevación y potencia de su intelectualidad, á poderlos resolver. ¿De qué sirve que cabezas ligeras universales ó cabezas firmes de artistas ó de empíricos, se acerquen á estos problemas con plebeyo orgullo y quieran romper lanzas en este gran torneo? Semejantes tapices no admiten la huella de pies groseros; así lo tiene previsto la primitiva ley de las cosas; para estos intrusos quedan cerradas las puertas, y ellos tratan en vano de romperlas con su cabeza. Es menester haber nacido para el gran mundo; el derecho á la filosofía es por la gracia del nacimiento; también aquí decide la «sangre». Muchas ge-

neraciones han de preparar el advenimiento del filósofo; cada una de sus virtudes ha de ser adquirida, cultivada, heredada é incorporada: no sólo el fluir ligero y delicado de su pensamiento, sino también, y principalmente, la sincera disposición á las grandes responsabilidades; lo imperioso de la mirada; la separación del vulgo, y de sus deberes y virtudes; la protección y pronta defensa de todo lo mal interpretado ó calumniado, de Dios ó del diablo; la satisfacción y administración de la justicia grande; el arte de mandar; la amplitud de la voluntad; el ojo reposado, que rara vez se admira, que rara vez se humilla, que rara vez ama...

CAPITULO VII

NUESTRAS VIRTUDES

214. ¿Nuestras virtudes? Es probable que también nosotros tengamos virtudes, aunque no sean aquellas virtudes cándidas y macizas que honramos en nuestros abuelos, teniéndolas un poco á distancia. Nosotros, europeos del mañana, primicias del siglo xx, con nuestra peligrosa curiosidad, con nuestra multiplicidad, con nuestro arte del disimulo, con nuestra crueldad endulzada por el espíritu sensual, si hemos de poseer virtudes, tendremos aquellas que mejor se acomoden con nuestras inclinaciones más secretas y más *acariciadas*, con nuestras más urgentes necesidades; ea, pues, vamos á buscarlas en nuestros laberintos, en los cuales, como es bien sabido, hay mu-

chas cosas perdidas. ¿Por ventura, hay algo más «hermoso» que ir en busca de las propias virtudes? ¿No equivale esto á tener *fe* en la virtud propia? Mas esta *fe*, ¿no es por ventura equivalente de lo que en un tiempo se llamaba «buena conciencia», concepto venerable que nuestros padres llevaban como una coleta detrás de la nuca? Paréceme que por mucho que reneguemos de la moda antigua y del sentir de nuestros abuelos, en una cosa los heredamos, nosotros los europeos de la *buena conciencia*, ¡todavía llevamos su coleta! Pero, ¡ah, si supierais cuán presto, cuán demasiado presto las cosas están por cambiar!

215. Así como en el reino sideral dos soles determinan á veces la órbita de un planeta, y en algunos casos el planeta es iluminado por los soles con luz de diferentes colores, ora con luz roja, ora con luz verde, ora con ambas mezcladas; así nosotros, los hombres modernos, gracias á la mecánica compleja de nuestro firmamento, somos determinados por morales diferentes; nuestras acciones reflejan varios colores, rara vez muestran uno solo, y en algunos casos obramos de una manera *multicolor*.

216. Amar á los enemigos. Paréceme que ya se hace de mil maneras, en pequeño y en grande. Y aun veces acontece algo mejor y más sublime—despreciar lo que amamos, y precisamente lo que más amamos; —y todo esto inconscientemente, sin hacer ruido, con aquel pudor y secreto de la bondad que prohíbe al labio palabras solemnes y fórmulas virtuosas.

La moral como «actitud», repugna á nuestro gusto moderno. Y esto es un progreso; como también para nuestros padres fué un progreso cuando la religión en

cuanto «actitud» vino á ser contraria á sus gustos (sin excluir el sarcasmo volteriano contra la religión y todo lo que formaba la «actitud» del librepensador). Es la música de nuestra conciencia, la danza de nuestro espíritu, que no sabe soportar las tiranías de los puritanos, los sermones de los moralistas y la bondad de los hombres de «bien».

217. Guardaos de aquellos que insisten en que se les reconozca un delicado tacto en las distinciones morales; nunca nos perdonarán el haber ellos cometido una falta delante de nosotros (ó quizá contra nosotros; se convierten inevitablemente en calumniadores y detractores nuestros, aun cuando continúen llamándose amigos. Bienaventurados los que olvidan, porque así olvidan también las necedades que cometieron.

218. Los psicólogos franceses — ¿hay psicólogos fuera de Francia?—todavía no han concluido de desfogar toda su bilis contra la *bêtise bourgeoise*, como si pero no sigamos. Flaubert, por ejemplo, el honesto burgués de Rouen, concluyó por no ver, ni sentir, ni gustar otra cosa: era su manera de torturarse á sí mismo, una crueldad refinada contra sí mismo. Ahora bien; para evitar el fastidio, yo recomendaría alguna otra cosa á vuestro entusiasmo, es decir, la astucia inconsciente de que se valen los espíritus mediocres en sus relaciones con los espíritus superiores, y su actitud respecto de las empresas que éstos acometen: aquella astucia complicada y jesuítica, que es mil veces más refinada de cuanto pueda serlo, aún en los intervalos más lucidos, el entendimiento y el gusto de tales espíritus mediocres, y aún más que el entendi-

miento de sus víctimas; lo cual acaba de demostrar que el «instinto» es la más inteligente de las inteligencias. En una palabra, estudiad, ¡oh psicólogos! la filosofía de la «regla» en su lucha con la excepción, y obtendréis un espectáculo digno de los dioses y de la malicia divina. O bien, digámoslo todavía más claramente, haced vivisección sobre el hombre «bueno», sobre el hombre *bonae voluntatis*... sobre vosotros mismos.

219. El juzgar y condenar moralmente es la venganza favorita de las almas estrechas contra las más aventajadas; una especie de indemnización por todo lo que obtuvieron de menos de la Naturaleza, y también una buena ocasión para demostrar ingenio: la malicia de ingenio. En el fondo de su corazón alégranse de que haya una medida ante la cual son iguales suyos los hombres espiritualmente ricos y privilegiados; rompen lanzas por la «igualdad de todos ante Dios», y esta razón les bastaría para creer en Dios. Entre ellos es donde se hallan los adversarios más convencidos del ateísmo. Si alguien les dijera que no hay comparación entre una alta inteligencia y la más ó menos respetable honestidad moral, los haría hidrófobos. Y yo me guardaré muy bien de ello. Antes bien, quisiera congratarme con ellos asegurándoles que una alta intelectualidad no es por sí misma otra cosa que el coronamiento de ciertas cualidades morales; que es una síntesis de todos aquellos estados á través de los cuales no pueden pasar sino los hombres exclusivamente morales, estados adquiridos, merced á una larga evolución, por una larga cadena de generaciones; que la alta intelectualidad representa el espiritualizamiento de la justicia, de aquel rigor mezclado con bondad, cuyo oficio es mantener en el mundo una jerarquía

también entre las cosas, y no sólo entre los hombres.

220. El elogio del desinterés es hoy tan popular, que se ve uno obligado, no sin peligro, á preguntarse qué cosas interesan más al pueblo y á las personas cultas, sin excluir á los filósofos. De este examen resulta que casi todo lo que interesa á los gustos más refinados y delicados, todo lo que atrae y entusiasma á las naturalezas superiores, deja completamente frío al hombre mediocre, y si advierte una inclinación á todo esto, la llamará «desinteresada» y se maravillará de que pueda obrarse tan desinteresadamente.

Filósofos hubo que supieron dar á esta admiración vulgar una expresión seductora y mística (¿quizá porque no conocían experimentalmente naturalezas superiores?) en lugar de confesar llanamente que todo acto «desinteresado» es siempre un acto muy interesante y muy «interesado» suponiendo que...

«¿Y el amor?» Pero ¿cómo un acto inspirado del amor podrá no ser *egoísta*? ¡Oh necios!

«¿Y los elogios que merece aquel que se sacrifica?» Pero quien se ha sacrificado de veras, ha obtenido, quizá de sí mismo, una compensación por su sacrificio; daba parte de su ser, para obtener mayor cantidad de ser, ó á lo menos, para sentirse *mayor*.

Mas por este camino nos meteríamos en un laberinto de preguntas y respuestas que el hombre de buen gusto trata de evitar; porque la verdad debe bostezar sin duda, cuando se le obliga á responder. Al fin es una señora, y no conviene hacerle violencia.

221. Acontéceme—decía un pedante moralista, un mercader de futilidades—honrar y tratar con distin-

ción á un hombre desinteresado; pero no porque sea tal, sino porque me parece que tiene el derecho de ser útil á otro, á costa suya. Sólo se trata de saber, quién es él, y quién es el otro. Por ejemplo, en un individuo que nació para el mando, la abnegación y la modestia no serían virtudes, sino despilfarros de virtud.

Toda moral altruista que se cree absoluta y se aplica á todos, no sólo peca contra el buen gusto, sino que es una excitación á los pecados de omisión, una seducción más bajo la máscara de la filantropía, y precisamente para seducir y dañar á los hombres más elevados, más raros y privilegiados. Es necesario obligar á los sistemas de moral á que se inclinen ante la *jerarquía*, es necesario hacerles perder su arrogancia y demostrarles cuán *inmoral* es el decir: «Aquello que es justo para uno, lo es también para otro.»

Así hablaba mi pedante moralista; ¿merecía el ridículo por exhortar á la moral á que fuese moral? No queramos tener demasiada razón, para que no se nos rian; tener un poco de sinrazón, es indicio de buen gusto.

222. Cuando se predica hoy la compasión—y si bien miramos es la única religión que hoy se predica—el psicólogo debe abrir mucho las orejas; á través de la vanidad y del estrépito, que son propios de tales predicadores (y quizá de todos los predicadores), advertirá un gemido ronco y sincero de *desprecio de sí mismo*. Proviene (si ya no es causa) de aquella *capitis diminutio*, de aquel embrutecimiento de Europa, que va creciendo de siglo en siglo y cuyos primeros síntomas están señalados en la famosa carta del abate Galliani á madama Epinal.

El hombre de las «ideas modernas», este mono or-

gulloso, está descontento de sí mismo. No hay duda: sufre, y su vanidad exige que sólo sienta *com-pasión*.

223. El moderno europeo, producto de razas cruzadas, un plebeyo bastante antipático, siente la necesidad de un vestido, necesidad de la historia, la cual es el guardarropa universal. Mas pronto ve que ningún vestido le viene bien, y, por tanto, muda de vestido sin cesar. Es curioso nuestro siglo por este continuo cambiar de vestidos; y también en sus momentos de desesperación cuando ninguno le viene á la medida. En vano se toma las vestiduras romántica, clásica, cristiana, florentina, cursi ó «nacional» *in moribus et artibus*: ninguna sienta bien. Pero el «espíritu», principalmente el «espíritu histórico», sabe sacar provecho, y sin cesar busca, rebusca, rechaza, adopta alguna nueva porción del pasado; mas, antes de todo, lo *estudia*; podemos jactarnos de ser la época más docta en asunto de trajes; quiero decir, en cuestiones de moral, de artículos de fe, de gustos artísticos y de religiones; estamos más ataviados que nunca para el gran carnaval, para las risotadas é impertinencias del carnaval intelectual, para el absurdo y el sarcasmo aristofánico, elevados á la última potencia.

Quizá éste sea el reino de nuestra «invención»; quizá sea el reino en que nos es dado ser originales como parodistas de la historia universal, ó como juglares de Dios; es posible que nuestra *risa* sea la única cosa que tiene porvenir.

224. El sentido histórico (ó sea la facultad de adivinar rápidamente las apreciaciones de valores, según las cuales vivió un pueblo, una sociedad ó un individuo; el instinto de adivinar la relación de tales apre-

ciaciones, es decir, entre la autoridad de los valores y la autoridad de las fuerzas eficientes), el sentido histórico que los europeos consideramos como especialidad nuestra, es consecuencia de aquella loca y fascinadora semibarbarie en que sumió á la Europa la mezcla democrática de clases y razas; este sentido es el sexto del siglo XIX. El pasado, con todas sus formas, con todos sus modos de vivir, con todas sus civilizaciones estratificadas, se irradia confusamente en nuestras almas modernas, y recorriendo nuestros instintos todas las vías del pasado, venimos á ser una especie de caos; pero en fin, el *sprit* sabe hallar aquí su provecho. Gracias á nuestra semibarbarie de cuerpo y de alma, se nos han abierto todas las puertas, incluso las del laberinto de todas las civilizaciones imperfectas y de todas las semibarbaries que sobre la tierra existieron; y así como la parte más considerable de la civilización humana se comprendía en una semibarbarie, así el «sentido histórico», significa el sentido y el instinto de todas las cosas; con lo cual ya se entiende que es un sentido *no aristocrático*. Por ejemplo, ahora nos gusta Homero, quizá para nosotros es una gran ventaja el hallar gusto en Homero, del cual no eran capaces los hombres de una civilización aristocrática (como los enciclopedistas franceses que con Saint-Evremond y Voltaire culpan á Homero por su «espíritu amplio»). El *si* y el *no* cerrados de su paladar, sus náuseas, fácilmente provocables, su escama contra todo lo extranjero, su temor de demostrar mal gusto, y en general la aversión de toda civilización aristocrática á confesar un nuevo deseo, una interna deficiencia, una admiración por lo extranjero, todo esto predispone á dicha sociedad contra las mejores cosas del mundo, si no son propias suyas, de modo

que no les entra el sentido histórico y la curiosidad humilde y plebeya que éste lleva consigo. Lo mismo sucede con Shakespeare, maravillosa síntesis hispano-mauro-sajón, pero que habría hecho reír á un viejo ateniense amigo de Squilo; sin embargo, nosotros acogemos precisamente esta mezclanza de lo más delicado, grosero y artificial, y con cierta secreta confianza y cordialidad nos deleitamos en lo refinado de este arte reservado á nosotros solos, sin que nos indispongan los miasmas mefíticos de la plebe inglesa, en medio de los cuales vive el arte shakesperiano, como cuando nos hallamos en la Quiaya de Nápoles, nos arrastra y nos fascina la mezclanza inmunda. Nosotros los hombres del sentido histórico, tenemos nuestras virtudes, no hay duda, somos desinteresados, modestos, sin pretensiones, valientes, abnegados, agradecidos, hombres de buena voluntad; mas con nuestro gusto no es el mejor. Confesémoslo de una vez: aquello que á los hombres del sentido histórico nos es más difícil comprender, sentir, gustar, preferir, aquello que nos repele, es precisamente la perfección, la suprema madurez de toda civilización y de todo arte, aquello que es verdaderamente aristocrático, en las obras y en los individuos, aquel momento de suprema indiferencia, de tranquilidad, de frialdad áurea, que son atributos de todas las cosas perfectas. Quizá nuestra gran virtud del sentido histórico es una antítesis necesaria del buen gusto, ó por lo menos del mejor gusto; y por eso quizá no sabemos reproducir en nosotros, sino por fuerza y con vacilaciones y por necesidad, aquellos raros momentos de suprema felicidad, de transfiguración de la vida humana; aquellos momentos milagrosos, en los cuales una gran fuerza se detuvo voluntariamente ante lo desmesurado, ante l

infinito, y sintió una exuberancia de gozo sublime en refrenarse de súbito, en inmovilizarse, en mantenerse firme sobre un terreno vacilante. La medida es para nosotros extraña, confesémoslo; aquello que nos agujonea es lo infinito, lo desmesurado. Semejantes al jinete que se abandona sin fuerzas á un galope vertiginoso, así nosotros los hombres modernos, los semi-bárbaros, soltamos las riendas ante lo infinito, y sentimos nuestra felicidad en el mayor peligro.

225. Edonismo ó pesimismo, utilitarismo ó endemonismo: todos estos modos de pensar que toman por medida el goce ó el dolor, estados de ánimo accesorios, son modos de pensar primitivos y cándidos que el hombre dotado de fuerza creadora y de conciencia artística, mirará con aire de burla y de compasión. Compasión de vosotros, ¡sí! mas no ya la compasión vuestra, la compasión por la miseria social y por la sociedad con sus enfermos y con sus vicios y con sus inútiles; menos todavía la compasión por catervas de esclavos murmuradores, oprimidos y sediciosos que aspiran á la dominación llamada por ellos «libertad.» Nuestra compasión es más elevada: vemos que el hombre se empequeñece, que vosotros le empequeñecéis; hay momentos en que contemplamos con angustia indescriptible vuestra compasión, momentos en que hallamos más peligrosa vuestra seriedad que cualquier ligereza. Vosotros no buscáis imposibles, y sin embargo, no hay mayor imposible que éste de suprimir el dolor. ¿Y nosotros? ¡Parece como si nosotros quisiéramos reducir las cosas á un estado peor que cuantos hubo!

La felicidad, como la entendéis vosotros, no es un fin, sino el *¡fin!* Significa para nosotros un estado que

concluye por hacer ridículo y despreciable al hombre, por hacerle insoportable la existencia! ¿No sabéis que la escuela del dolor, del gran dolor, es la única que permitió al hombre subir á ciertas alturas? ¿Aquella tensión del alma en la desventura, aquéllos escalofríos ante una gran desgracia, el ingenio y la bravura que se demuestran al soportar y perseverar é interpretar y disfrutar las calamidades, todo lo que entonces gana el alma en profundidad, en secreto, en disimulación, en talento, en astucia, en grandeza ¿no lo consiguió bajo la férula del dolor? En el hombre se hallan reunidos la criatura y el Criador: en el hombre hay la materia, lo incompleto, lo superfluo, la arcilla, el fango, el absurdo, el caos; pero también hay el sople que crea, que organiza, el martillo, el espectador, Dios, el séptimo día: ¿comprendéis ahora el contraste entre vuestra compasión por lo más bajo del hombre, por lo que debe perecer, y nuestra compasión por lo más sublime del hombre, por lo que debe vivir? Vuestra compasión es el compendio de todas las debilidades. «Entonces ¿compasión contra compasión?» Es que como ya diremos hay problemas más altos que los referentes al goce, al dolor, y á la compasión, y toda filosofía que se ocupara de éstos exclusivamente, sería cándidas niñerías.

226. *¡Nosotros immoralistas!*—El mundo que á nosotros concierne; el mundo en que se teme y se ama; el mundo en que se manda y se obedece; el mundo de los «casi», escabroso, capcioso, puntilloso, áspero y astuto, está maravillosamente defendido contra los necios espectadores, contra la curiosidad desvergonzada. Estamos enlazados en un impenetrable tejido de deberes, del cual no podemos salir, y solamente por